

Lo que le encargan a Mas

Me encontré, anteaer, con una diputada socialista del Parlament y, tras charlar brevemente con ella, confirmé que el peor mal que hoy aqueja al PSC es haberse instalado en ese tipo de soberbia autocomplaciente que, a la larga, te convierte en ciego y sordo ante la realidad. Y es un mal que no afecta únicamente al equipo de gobierno del Ayuntamiento de Barcelona. A esta buena mujer, a tenor de las palabras que me dirigió, sólo le preocupa que algunos medios y periodistas nos dediquemos a “anunciar la buena nueva de Convergència”, según su plástica expresión. El sectarismo tiene estas cosas: es más fácil matar al mensajero que analizar lo que está pasando en el mundo exterior, fuera de las reuniones de partido, allí donde los paniaguados, los pelotas y los anestesados son menos, y puede escucharse lo que la sociedad va comentando. Soberbia y sectarismo juntos acaban creando una realidad virtual en la que se vive –supongo– cómodamente.

Esta señora diputada lleva muchos años viviendo de la política (antes de ocupar su actual escaño fue cargo de confianza en un ayuntamiento del segundo cinturón barcelonés) y tal vez esta circunstancia no le permite entender que la sociedad acostumbra a moverse más rápido y con más libertad que los peones de los partidos. Pero vayamos a lo sustancial. Hay en Catalunya una corriente de fondo que todos los sondeos detectan de manera unánime: el tripartito genera un alto rechazo, incluso entre muchos de los votantes de las fuerzas que lo sustentan. Mí querida diputada no ha entendido algo elemental: en las democracias contemporáneas, los cambios de ciclo no se producen porque alguien gane las elecciones, sino porque hay una opción que las pierde. Así funciona el juego y basta observar los comicios en España desde 1977 para ilustrar este principio. Por tanto, y siendo precisos, todavía no hay nada que pueda llamarse “la buena nueva de Convergència”, pero sí es palpable, en cambio, una caída imparable de la marca tripartita, asumida incluso (en público o en privado) por consellers del Govern Montilla. Pasar de criticar al tripartito a votar a Mas no es algo que suceda de forma mecánica y general, obviamente. Por eso los dirigentes de CiU no deberían vender la piel del oso antes de cazarlo. Con todo, emerge, poco a poco, una reali-

dad inesperada que puede ser determinante en las urnas. Veamos.

Lo que voy a contar no tiene pretensiones estadísticas. No es un estudio cuantitativo ni lo pretende. Es una mera observación cualitativa, que señala un desplazamiento de opinión, sobre todo entre ese tipo de ciudadano informado y activo que influye en su respectivo entorno profesional y social. Nunca hasta hoy, desde que CiU pasó a los bancos de la oposición en el 2003, me había encontrado con tanta



AVALLONE

gente que, de manera abierta y espontánea, me contara que ya ha decidido votar a la federación nacionalista en las próximas elecciones catalanas, y que lo hará “porque así no podemos seguir más tiempo”. Unos se presentan como antiguos votantes de otras siglas (ERC, PSC y PP), otros admiten que han sido abstencionistas, y hay un grupo que asegura “volver”, tras probar otras ofertas.

Los más interesantes, desde el punto de vista sociológico y político, son los que dicen encontrarse lejos del ideario convergente pero, a la vez, ven la candidatura de Mas como “la única herramienta que se nos ofrece hoy para desatascar el país”.

La existencia de esta franja –no sé si serán 2.000 o 200.000 votantes– indica que hemos alcanzado un grado de madurez democrática superior. Si el ciudadano empieza a saber que el voto es un instrumento modulable más que una adhesión inquebrantable, el sistema se hace más fuerte y afinado. Se vota según las convicciones e intereses, pero también según la necesidad concreta de cada momento histórico. ¿Qué necesita Catalunya en estos momentos? Personas de posiciones diversas coinciden en lo que no necesita: un tercer tripartito. ¿Y quién puede frenar la repetición de tan desacreditado modelo? Sólo Mas. Serán votos prestados, la mayoría de ellos. Unos sufragios nada incondicionales, que hacen un encargo claro al presidenciable de CiU: haga funcionar el Govern, atreva a tomar decisiones estratégicas, y póngase al frente del país para que Catalunya salga del atolladero y vuelva a ser respetada.

No hablo de ninguna entelequia. Valga como ejemplo de este tipo de ciudadano el ilustre Pere Ayguadé, importante prohombre leridano, vinculado a varias iniciativas empresariales, sociales y culturales, diputado socialista en el Parlament durante las tres primeras legislaturas de la democracia y, más tarde, partidario de la candidatura de Pasqual Maragall a la presidencia de la Generalitat. Ayguadé desea un cambio y lo expresa públicamente. El 6 de noviembre del 2009, escribió lo siguiente en *Segre*: “Yo aplaudo la idea de Artur Mas de la Casa Gran del Catalanisme, porque me permite, junto con muchos otros, aportar nuestras verdades para abrir y superar el espacio de discusión, colaboración y reflexión partidista a toda la sociedad, que nos conducirá a un programa de

cambios que sumen en vez de restar, y multipliquen en vez de dividir. Agradezco la oportunidad que me da la Casa Gran para aportar humildemente mis ideas en contra de los que las desprecian en la cultura del ordeno y mando”. La diputada antes mencionada seguro que conoce a la perfección esa cultura, gris y alicorta, del “orden y mando”.

El tripartito ha tenido dos oportunidades y ha fracasado. Esta vez, votantes poco o nada cercanos a CiU darán su confianza a Mas para que enderece la nave. El líder nacionalista debe gestionar con inteligencia, ya desde ahora mismo, este capital de modesta ilusión por descarte. ●